

viven de limosnas. Me refirió que habia aprendido de dos Padres, respetables por su edad y por su virtud, á acudir al poder de san José en todas las ocasiones que la casa estaba en necesidad, y que jamás habia dejado de experimentar los felices efectos de su proteccion.

CAPÍTULO III.

Proteccion de san José sobre las almas que caminan á la vida interior.

Parece que Dios ha confiado especialmente á los cuidados de san José todas las almas recogidas; en recompensa de la vida oculta é interior que observó en la casa de Nazaret. No habiendo nada mas ventajoso para llegar á la perfeccion, ó al menos para acercarse á ella, que tener un director sábio y experimentado, vosotras, almas cristianas que procurais la vida interior, abandonaos á la direccion de nuestro Santo, y tened entendido que él os conducirá felizmente al término de la carrera que habeis emprendido. Apoyarémos esta verdad sobre un testimonio tanto mas sólido, cuanto que viene de

na tentacion venia á perturbarla, no hacia

un jóven que en medio del siglo habia conservado toda la inocencia y la simplicidad de la paloma. Se encontró un dia con un Padre de la Compañía de Jesús, quien despues de algunos momentos de conversacion reconoció en él una alma de predestinado enriquecida con gracias y dones tan sublimes, que no recordaba haber encontrado jamás otra, ó mas favorecida, ó mas adelantada en perfeccion. Su admiracion se aumentó cuando el jóven le dijo que hacia diez y ocho años que estaba sirviendo, y que jamás nadie le habia dado leccion alguna sobre la vida espiritual; y sin embargo hablabá de estas tan altas materias como un santo ó un teólogo. Entonces le preguntó si tenia devocion á san José, á lo que respondió el jóven: «Desde la edad de seis años Dios «me inspiró elegirle por patron.» Despues habló magníficamente de la santidad de José, y concluyó diciendo que este Santo era el guia particular de las almas que aman la vida oculta y espiritual.

Hé aquí otro ejemplo que confirmará esta verdad: Una religiosa de santa Clara estaba á punto de hacer los ejercicios espiri-

viven de limosnas. Me refirió que habia

tuales; pensó elegirse un patron para los dias del retiro, su eleccion recayó sobre su Padre san Francisco; pero al momento la asaltó una especie de turbacion interior. Entonces vino á su pensamiento otro Santo, como si fuera el que debia tomar por patron: este era san José. Indecisa entre él y san Francisco, quiso que la suerte lo decidiera. Escribió el nombre de los dos Santos en dos cédulas distintas, y habiéndolas sacado dos veces, otras tantas salió el nombre de san José. Con esto creyó reconocer la voluntad de Dios, y tomó á san José por patron de sus ejercicios. Algun tiempo despues renovó esta tentativa, con ocasion de una inspiracion fuerte que Dios le dió de elegir un Santo á quien confiar la guarda de su interior todo el resto de su vida. Su inclinacion la llevaba á elegir entre tres ó cuatro Santos que ella honraba desde su juventud como á sus protectores; pero el nombre de José sin cesar venia á reunirse á los otros en su pensamiento, y por lo mismo lo escribió como los otros: despues sacó las cédulas, y tan felizmente, que le salió san José no una ó dos, sino hasta tres veces seguidas. La re-

na tentacion venia á perturbarla, no hacia

ligiosa no continuó sacando cédulas, y quedó persuadida de que Dios mismo era quien le daba á san José, para que en lo sucesivo y hasta el fin fuese padre de su alma, y su guia en la vida interior.

Pero ¿acaso tenemos necesidad de acudir á la suerte para encontrar en ella la voluntad de Dios, cuando hemos visto que la Virgen Madre de Dios, en cuyas manos está la suerte, nos ha declarado que José su santo esposo es quien debe ser nuestro guia espiritual? Una fervorosa religiosa estaba fatigada con tentaciones importunas, especialmente en sus ejercicios espirituales; lo que la turbaba tanto mas, cuanto que su corazon en medio de estos combates parecia que se abandonaba á la pusilanimidad, á la desconfianza, ó al desaliento, dominada por el pensamiento de que jamás llegaria á esa preciosa libertad de espíritu que en la tierra es el privilegio y la herencia de los hijos de Dios. En tales angustias acudió á la Virgen santísima su buena Madre, y la suplicó que hiciese que á la tempestad sucediera la calma de la paz interior, que ella deseaba, á su parecer, solo para unirse á Dios en la oracion

viven de limosnas. Me refirió que habia

con un corazon mas desasido, mas puro y fervoroso. «Ó Virgen santa, le decia, si Vos «no juzgais conveniente otorgarme este favor, dignaos al menos designarme, entre «todos los Santos del cielo que mas ameis, «uno á quien yo pueda recurrir con confianza como á padre de mi alma, para obtener la gracia que deseo.» Apenas la religiosa habia dirigido esta súplica á la Madre de las misericordias, cuando sintió correr en su corazon un rio de paz y de gozo interior; y al mismo tiempo vió con los ojos del alma á san José, que se le representó como el Santo mas amado de la Virgen santísima entre todos los bienaventurados, ora por su cualidad de esposo suyo, ora en razon de la excelencia de sus virtudes, que le hacian digno, entre los demás, de ser el maestro y padre de las almas interiores. Desde entonces la religiosa se abandonó toda entera á la direccion de san José, considerándole en lo sucesivo como un padre tan tierno como poderoso. El Santo, por su parte, muy pronto hizo experimentar á su devota hija los efectos de su proteccion, librándola de todas las penas interiores; y despues, si algu-

na tentacion venia á perturbarla, no hacia otra cosa que arrojarla como un niño entre los brazos de su buen padre, y al instante recobraba la paz del alma y el recogimiento interior.

Pero, para descender á alguna particularidad, veamos qué clase de socorros preste san José á las almas que quieren adelantar en la oracion. Para esto bastará que se invoque una autoridad capaz de reemplazar á todas las otras, y será la de santa Teresa, esa grande maestra de oracion y de contemplacion. Con el auxilio de san José pudo ella tomar un vuelo tan alto, sobre alas, por decirlo así, de paloma ó de águila; y ese mismo socorro de José lo propone ella á las almas que quieran progresar en la oracion. «Cualquiera, dice, que no encuentre director á propósito para conducirle en los caminos de oracion, que tome por guia á san José, y pronto sabrá el verdadero camino, «y llegará á su objeto.» Y atendiendo á lo que enseña la experiencia, véase un ejemplo que consuela y alienta á los devotos siervos de san José, y á todas las almas que se proponen unirse á Dios por la oracion. El

P. Barri, uno de los historiadores del Santo, lo refiere en estos términos: «Yo conozco dos personas que temian este santo ejercicio, por las dificultades que encontraban en él. Pero, con esperanza de sobreponerse á ellas, tomaron á san José por guia, y los efectos no tardaron en hacerles experimentar su crédito: bien pronto las montañas se allanaron á su vista; el campo de la oracion, que les habia parecido tan estéril y tan árido, se cubrió de verdor y de flores, por manera que la oracion mental vino á ser el mas agradable y el mas dulce de todos sus ejercicios espirituales.» «Otra religiosa, segun ella misma me lo ha referido (añade el mismo P. Barri), deseaba verse libre de las distracciones que la turbaban en la oracion. Para obtener esta gracia se sintió impulsada á acudir á san José: lo hizo en efecto con fervor, y fruto de sus ruegos fue no solamente el don de una oracion muy alta, sino tambien verse libre durante el sueño de toda ilusion y de toda imágen que no fuese perfectamente pura y santa.»

San José sabe tambien conducir al amor

de la cruz á las almas que le son devotas. Un dia, acompañado de su santa Esposa, apareció á la venerable madre Ana Rodriguez, religiosa franciscana. Mientras que María la recomendaba á su divino Hijo, José le presentó un vaso cargado de dos clases de viandas, una muy dulce, y la otra muy amarga, y le dijo: «Hija mia, elegid cuál de estas dos viandas os agrada en lo sucesivo.» La religiosa, que era muy devota de san José, eligió la amarga. Entonces el Santo le mostró una cruz muy bella, pero muy pesada, diciéndole: «Hija mia, has hecho una excelente eleccion; de aquí adelante tendrás la cruz con todas sus amarguras; pero regocíjate, porque en ella encontrarás medio para hacerte grandemente agradable á los ojos de Dios.»

CAPÍTULO IV.

Proteccion de san José sobre sus devotos siervos, en lo que toca á la salud de sus almas.

San José, como el padre de que habla el Evangelio, no solamente ama á sus hijos que escuchan su voz y viven en la inocencia, si-

no tambien á los extraviados y pródigos. Es decir, que si concede sus favores á los justos para hacerles adelantar en perfeccion, no niega sus cuidados paternales á los pobres pecadores. Hé aquí un ejemplo antiguo, pero auténtico, citado por el P. Isidoro de la Isla en la grande obra sobre san José que dedicó al papa Adriano VI hácia el año 1522. Un gentil hombre veneciano habia adquirido la piadosa costumbre de orar diariamente delante de una imágen de san José; pero por lo demás parecia ocuparse muy poco de las prácticas mas indispensables de piedad y de la observancia de la ley de Dios. Cayó gravemente enfermo, y el peligro se hizo apremiante tanto para el alma como para el cuerpo. Felizmente para él en el tiempo en que su estado parecia desesperado vino á su socorro san José, médico celestial. El enfermo vió con los ojos del cuerpo entrar en su cámara un personaje perfectamente parecido á la imágen que acostumbraba saludar todos los dias. Esta vision inesperada, semejante á un rayo de sol que penetra en un lugar oscuro, ahuyentó en un instante las tinieblas de su ceguedad; vió clara y dis-

tintamente todos los pecados en que por tanto tiempo habia vivido insensible, y concibió un profundo horror acompañado de la mas viva contricion. No fue esto todo; se apresuró tambien á confesarlos con muchas lágrimas, y la gracia mas especial que recibió de su generoso protector fue, que al momento preciso en que el sacerdote terminó la forma de la absolucion, el feliz penitente entregó el alma á su Criador; y puede muy bien creerse que san José mismo acompañaria á esta alma tan colmada de sus favores hasta los piés del soberano Juez, para defenderla allí, si tuviese necesidad.

El ejemplo siguiente dará valor, así lo esperamos, á las almas débiles y tímidas que, despues de haber tenido la desgracia de caer en una falta grave, se abandonan á la vergüenza que tienen de confesarla; les demostrará tambien en la intercesion de san José un socorro poderoso para vencer esa cobarde timidez y esa perniciosa vergüenza. La persona misma á quien le aconteció, refirió el caso al P. Barri en tiempo que escribia la vida de san José. Habiendo esta persona co-

no tambien á los extraviados y pródigos. Es

metido una enorme falta contra un voto que habia hecho, no supo vencer la maligna vergüenza que cerraba su boca en el tribunal de la Penitencia. Permaneció algun tiempo en desgracia de Dios, siempre destrozada por los remordimientos de su conciencia, consecuencia inevitable del pecado. Bien veía esta infortunada que no podía dejar de sufrir sin arrancar la espina que la hería, ni sanar sin descubrir su llaga al médico espiritual. Le ocurrió llamar á san José al socorro de su debilidad, é invocarle contra las repugnancias de que no podía triunfar. Con esta mira durante nueve dias continuados rezó el himno y la oracion del Santo. Terminado el novenario, se sintió con tanta fuerza y valor, que, sobreponiéndose á todas sus repugnancias, fué á arrojarse á los piés del confesor, y le manifestó su conciencia sin reserva. Desde este feliz momento consideró á san José como su libertador; le confió el cuidado de su alma, y se hizo un deber de llevar constantemente consigo su imagen, aun durante la noche, á fin de que le sirviese de escudo contra los sueños malos. San José por su

... de este estado perdido, y sólo aquí ha

parte, segun decia la misma persona, se complació en recompensar su devocion y su fidelidad con gracias extraordinarias.

El mismo escritor refiere dos conversiones señaladas debidas á la intercesion de san José. La primera fue la de un jóven de Lyon que habia llevado una vida muy edificante, y aun tomado la resolucion de decir adios al mundo, para mejor asegurar la salud de su alma; pero en seguida, oponiéndose á su vocacion sus padres, tuvo la debilidad de renunciar á ella. Bien pronto el trato del mundo enflaqueció su piedad, y le hizo tener negligencia en sus prácticas; la libertad de que gozaba, el atractivo de los placeres, los ejemplos que tenia á la vista acabaron de hacerle olvidar sus deberes, y se le vió abandonarse á todos los excesos de la vida mas licenciosa. No paró aquí: cual otro nuevo pródigo, abandonó la casa paterna, y ciñó la espada haciéndose soldado. Pero en su nueva profesion no supo adquirir otra gloria que la de ser citado como el mas insolente libertino de la tropa. Así lo permitió la justicia divina, para castigar á la vez á los padres y á su hijo; á este, porque por una complacencia mal

no tambien á los extraviados y pródigos. Re-

entendida cerró los oídos á la voz de Dios; y á ellos, porque con su ciega ternura se opusieron á los designios que el cielo tenia sobre él. Entre tanto los padres estaban inconsolables al ver en las manos del demonio al hijo que ellos habian negado á Dios: no cesaban de escribirle cartas bañadas de lágrimas, y exhortarle á cambiar de vida, y volver á la casa paterna, donde seria recibido con los brazos abiertos. En fin, estos desconsolados padres, viendo que sus invitaciones y sus instancias nada podian sobre ese corazon endurecido, recurrieron á un medio mas noble y eficaz; esto es, invocaron á san José, reclamaron su asistencia, y le suplicaron tomase bajo su proteccion á este desgraciado hijo, para impedir que pereciese. El Santo se apiadó de ellos: é inspiró al jóven tan vivos sentimientos de arrepentimiento y de piedad que, cambiado en otro hombre, abandonó la milicia, volvió á la casa de sus padres, les pidió perdon de las penas que les habia causado, y comenzó una vida digna de su antiguo fervor, de suerte que pudo aplicársele aquello que el Evangelio dice del hijo pródigo: «Él estaba muerto, y ha re-

«suscitado; estaba perdido, y hélo aquí hallado.»

La segunda conversion obtenida por la intercesion de san José tuvo lugar en París. Un religioso de la Compañía de Jesús tenia un pariente cercano que hacia muchos años deshonoraba igualmente con su conducta, tanto el nombre de cristiano, como el carácter sacerdotal de que estaba revestido. El celoso religioso, despues de haber empleado sucesivamente, aunque en vano, las reprensiones mas paternas y las mas serias advertencias, acabó por pedir á Dios que, si no habia otro medio para traer al camino recto á este hombre extraviado, tuviese á bien mandarle una grave y penosa enfermedad; pues para volver las almas á la razon, de que les privó el vicio, no hay remedio mas seguro que la tribulacion, segun aquello del Espíritu Santo: *Vexatio dat intellectum*. Con la mira de dar al remedio toda su eficacia, implora la asistencia de san José, y en union de sus amigos hace dos novenarios á la vez, uno de misas y otro de comuniones á honor del Santo. La gracia solicitada por tantos votos fue al fin obtenida. El eclesiástico escandaloso cayó

enfermo, y muy pronto se vió reducido al último extremo. Entonces abrió los ojos sobre los desórdenes de su vida; los detestó sinceramente, y se apresuró á lavarlos en el sacramento de la Penitencia. San José, que queria hacer mas sensible la milagrosa curacion de esta alma, añadió una segunda curacion no menos sorprendente, á saber, la del cuerpo. Súbitamente se sintió el enfermo aliviado, se levantó de la cama con la firme resolución de vivir en lo sucesivo conforme á la santidad de su carácter; y luego se ocupó con tanta constancia como celo en obras de piedad, y solo respiró para gloria de Dios.

Que las almas deseosas de encontrar un guardian fiel y un defensor celoso de su castidad, de ese tesoro tan frágil como precioso que llevamos, segun la expresion de san Pablo, en vasos quebradizos, que esas almas, repito, acudan á san José. Él conoce todo el precio de esa virtud celestial, que vió florecer con todo su esplendor en su muy casta Esposa. Al olor delicioso que embalsama esa bella azucena que crece en medio de las espinas del siglo, siente que se duplica en su corazon la estima y el amor de

la virginidad, así como el mas vivo celo por conservarla intacta en sus fieles devotos. Hé aquí un ejemplo sacado de las crónicas de la reforma del Carmelo. En el convento de Perpignan habia un religioso de gran virtud. Una noche el príncipe de las tinieblas vino á asaltarle con todo el furor de que es capaz ese espíritu inmundo, del cual pide la Iglesia al Señor liberte á sus hijos. El combate se prolonga toda la noche, y llena de inquietudes mortales á ese casto religioso que rechazaba al enemigo con todas sus fuerzas, sin poder impedirle que volviese sin cesar á la carga. Hasta el amanecer fue cuando con el auxilio de la gracia logró poner en fuga al tentador. Siendo ya de dia, y con ocasion de haber salido á la ciudad con el prior del convento, vió venir á su encuentro un hombre de aspecto venerable que le dijo: «Padre «mío, ¿por qué son esos combates y esos «multiplicados asaltos que habeis sostenido «la última noche? Qué, ¿no os habeis acordado de san José? ¿Por qué no le habeis «llamado en vuestro auxilio?» El religioso, sorprendido de que se conociera tan perfectamente lo que habia pasado, en el secreto

de su alma, por de pronto se turbó; despues quiso responder, pero ya habia desaparecido el que le interrogó. Por lo demás, el religioso quedó persuadido de que ese personaje no podia ser otro que san José, el cual gusta de ser invocado, y de que se tenga confianza en él, sobre todo en las ocasiones peligrosas para la virtud que le fue tan singularmente amada. El P. Barri cita el ejemplo de dos personas jóvenes y muy virtuosas que, expuestas á semejantes tentaciones, invocaron á san José, y debieron á su proteccion verse libres de ellas.

CAPÍTULO V.

Proteccion de san José sobre sus devotos siervos, en lo que toca á la vida y á la salud del cuerpo.

Desde que san José fue colocado por Dios á la cabeza de su sagrada familia no hay padre que no deba honrarle especialmente, y recomendarle los intereses de su familia. Sin duda que los hijos son los ornatos mas preciosos de una casa cristiana, y su educacion esmerada debe ser el mas importante nego-

Desaparació á estas palabras, deíéndolas col-

cio de los padres. Para conseguir esto acudan los padres á san José, pero con tanta mas confianza, cuanto que es cierto que al tomar el cuidado de velar sobre la santa infancia del Salvador se encargó al mismo tiempo de vigilar en custodia de todos los hijos de la Iglesia, redimidos con su sangre. Hé aquí un ejemplo: El año 1631 se abrió en el monte Vesubio un inmenso cráter, de donde salió tal diluvio de fuego y de cenizas que, á semejanza de un rio que se desborda, la encendida lava cubria las comarcas vecinas, y en particular el lugar llamado la *Torre del griego*. Habia en este lugar una mujer, cuyo nombre era Camila, muy devota de san José, y tenia en su casa un sobrino, niño de cinco años, que se llamaba José. Para escapar del rio de fuego tomó al niño en sus brazos, y echó á correr. Pero seguida de cerca por la lava, y encontrando el paso cerrado por una grande roca que se avanzaba sobre el mar, se vió expuesta al doble peligro de ser alcanzada y consumida si se detenia, ó de ahogarse si daba un paso adelante. En este crítico momento la pobre mujer se acuerda de su protector. «San José, exclama, yo